

AZKENA NOIZ?

(¿El último cuándo?)

Hoy le he vuelto a releer. No me puedo quitar la idea de la cabeza y, a medida que los años van cargando mi cuerpo, esta idea se me hace más obsesiva, más constante. Los tres últimos años después de mi jubilación, los he pasado recordando mi vida, comentándola, aunque la idea, el recuerdo que me obsesiona ha sido guardado por mí como una reliquia, como un tesoro oculto.

Quizás ahora, amparado en mi soledad y en mi pasado, me lanzo a escribir, como lo hizo mi abuelo, el aitona Juan. Mi único interés en este escrito es relatar algo de mi vida, de mis impresiones, para luego plasmar el relato que me persigue en estos tres años y que fue escrito por aitona Juan.

El aitona era el orgullo de la familia. Yo aún lo recuerdo vagamente. En el caserío de Sara solíamos pasar horas enteras escuchando lo que nos contaba sobre la guerra carlista. El había participado en ella siendo joven, con treinta años, y la experiencia le había marcado claramente su vida. Como consecuencia de la guerra se tuvo que exiliar casándose, al poco tiempo, con una joven de Atharratze.

En las tardes lluviosas del otoño e invierno aitona Juan se sentaba junto a nosotros y nos contaba fantásticas historias de akelarres y brujas, de aventuras de corsarios vascos, de los lamentos de la Dama de Amboto, de Basajaun y de mil cosas más. Nosotros le escuchábamos sin saber dónde acababa la verdad y dónde empezaba la fábula.

Cuando aitona se iba apagando por la edad se volvió más huraño y nuestra relación con él fue menor. También es verdad que nosotros habíamos crecido y no parábamos quietos por el caserío.

A los años yo encontré trabajo en una fábrica de calzado de Hazparren. Era una novedad en todo el país, pues hasta ahora el calzado se hacía en pequeños talleres artesanales que algunos baserritarras poseían. Desde entonces y hasta la muerte de aitona Juan mi relación con él se fue apagando pues ya no le veía apenas.

Cuando aitona murió todo Sara le lloró. Incluso vinieron algunos nabarrros del otro lado que comentaron habían sido compañeros de él durante la guerra carlista. En el funeral había mucha gente. Aitona era muy querido.

Después de unos meses las pocas cosas que tenía aitona en el caserío, nos las repartimos. A mí me tocó su pipa y algunos de sus escritos. Luego



de unos años mi vida se vio turbada por uno de estos escritos que aitona Juan había titulado como «azkena noiz?» (el último ¿cuándo?) y que siempre había jurado y perjurado que era verdad. Yo nunca había creído en la veracidad del relato pero una inspección profunda en la ganbara del caserío me hizo dudar.

A continuación voy a copiar exactamente el pequeño relato que aitona describió como real y verídico. Traduzco del euskara:
Acta de reunión.

1.

En Sara, Lapurdi, a 5 de mayo de 1885.

La reunión se celebra en un caserío de Sara propiedad de Juan de Etxeberri. En la habitación alrededor de una mesa se encuentran siete sillas, dos de ellas desocupadas. En cada silla y correspondiendo a su nombre, que se encuentra inscrito en ellas, se sientan los asistentes a la reunión. En una esquina lo hace Juan de Etxeberri, tomando nota de lo que va sucediendo. Asisten Aitor, Mari Urrika, Miren Zozalla, Beñat Utxiat y Pellot Dazpilkueta. A cada uno de estos asistentes la historia los supone muertos, pero la realidad es que vagan por los bosques, mares y montañas del País Vasco.

Pellot Dazpilkueta fue el último que se sumó a estas reuniones. Cada reunión significa un nuevo miembro y en ésta aún está por elegir. Cada elección supone una pérdida importante para el pueblo vasco. Cuando los reunidos lleguen a siete el Pueblo Vasco habrá desaparecido y los siete personajes dejarán de vagar por la tierra o el mar y morirán definitivamente.

Se decide traer el sexto miembro a la reunión y esta elección recae en la persona del Cura de Santa Cruz. El pueblo vasco viene de ser derrotado en las Guerras Carlistas y de haber perdido sus Fueros. De ahí la elección.

2.

6 de mayo. A primera hora de la mañana aparece el Cura de Santa Cruz. La primera labor es grabar su nombre en la silla que se debe sentar.

Aitor, el más anciano explica al cura quiénes son ellos y por qué están allí:

Pellot Dazpilkueta: corsario vasco. Residía en Hendaia. Cuando Pellot murió el dominio de los vascos sobre el mar estaba en declive. Desde entonces Pellot vaga en solitario por los mares.

Mari Urrika: Dama de Amboto. Lloró la división de Nafarroa por Sancho el Fuerte. Desde entonces y por la separación de las cuatro provincias del sur, Mari Urrika deambula por Amboto.

Miren Zozalla: fue quemada en la hoguera. El tribunal la acusaba de brujería en Zugarramurdi. Con su muerte el cristianismo ajeno al Pueblo Vasco se fue implantando. Ahora vive y renace en los akelarres.

Beñat Utxiat: murió de hambre, deportado en Las Landas. La revolución francesa derogó las libertades y fueros en el norte. Y así fueron deportados los habitantes de Sara y Ahinoa y con ellos Beñat Utxiat.

Aitor: fue muerto por los Romanos en Herriberri durante la invasión romana al sur de Nafarroa a principios de la era cristiana.

La reunión continúa, explicando y ampliando cada uno su situación. Sobre las seis de la tarde, con el sol a punto de ponerse, la habitación queda vacía.

3.

7 de mayo. Hoy es el tercer y último día de la reunión. El Cura de Santa Cruz deberá de explicar el tremendo golpe que ha supuesto para el Pueblo Vasco la abolición de los fueros y la pérdida de las Guerras Carlistas.

Juan de Etxeberri, el anotador, ayuda en alguna ocasión al cura en la explicación. Las tropas carlistas se refugiaron después de la guerra, en las cuevas de Sara, justo en la muga. Los hermanos del norte se habían portado como tales ayudando a todo aquel que escapaba. El Estado español se estaba consolidando y tenía un ejército mucho más fuerte que en la primera carlistada.

Aitor veía que con estas derrotas el Pueblo Vasco iba a desaparecer. Sería absorbido por el Estado español y con ello una nueva cultura y unas nuevas costumbres iban a apagar los miles de años que poseían los vascos. Miren y Pellot no compartían esa opinión y pensaban que los vascos se volverían a levantar para mantenerse como un pueblo.



El debate continuó hasta bien entrada la noche. Las decisiones que se tomaron son escritas en un pergamino anexo a éste. Lo que queda definitivo se refiere a la composición del biltzar. Serán seis, Aitor, Beñat, el Cura, Miren, Pellot y Mari Urrika. El próximo que se siente con estos seis será el último. Entonces el Pueblo Vasco desaparecerá.
SARA, a 7 de mayo de 1885.

Este es el relato que encontré entre los muchos que aitona Juan había escrito. A los años de leerlo por primera vez, un día que cayó de nuevo en mis manos por casualidad, buscando unos papeles viejos, decidí ir al caserío de aitona que ahora estaba habitado por mi padre y mi hermano mayor.

Busqué por todo el caserío algo que podría probar el escrito. En la ganbara encontré algo que iba a turbar el resto de mi vida. Cuatro sillas de gran tamaño se encontraban medio rotas en una esquina. Las conocía desde mi niñez, pero nunca me había preocupado por ellas. Me acerqué a ellas y observé la parte trasera de una de las sillas. Dificultosamente y con caracteres antiguos pude leer: «MARIURRIKA». Rápidamente miré las demás. En dos de ellas no se acertaba a leer lo que ponía, aunque el nombre de «PELLOT» se dejaba entrever. En la cuarta silla se podía leer más claramente «CURA DE SANTA CRUZ».

Después de esto rebusqué por todo el caserío algo, no sabía el qué, podía ser incluso el anexo del que hablaba el escrito. Pregunté a mi familia pero no sabía nada.

A los días una sensación distinta se apoderó de mí. Empecé a creer en la veracidad del relato de aitona Juan. Mi angustia ahora se centraba en si la séptima y última reunión se habría celebrado. Si mi pueblo, si el Pueblo Vasco habría sido absorbido por los pueblos vecinos y ya desaparecería como tal.

Durante meses estuve recorriendo todos los caseríos cercanos al nuestro. No sólo ya de Sara, sino de Ahinoa, Amotz, Senpere, Dantxaria, incluso Bera y Zugarramurdi. Pero en todos ellos no sabían nada de posibles escritos relacionados con la también posible última reunión. Volví a mirar el caserío de aitona pero siempre lo mismo. No encontré nada.

La duda, la angustia se apoderó de mí. Hoy tengo 68 años y nada ha cambiado para mí. Sigo pensando en todo aquello. Al principio del escrito decía que iba a contar algo de mi vida, pero no ha sido así. Creo que el que yo haya cogido un papel y un bolígrafo ha sido para que alguien pueda leer esto y si tiene conocimiento de una séptima reunión, en Xüberoa, Nafarroa, Araba, Bizkaia, Lapurdi o Gipuzkoa, se ponga en contacto conmigo. Al releer lo que he escrito me he dado cuenta de ello. No he mencionado nada que se salga del círculo de aitona Juan.

Si esta última reunión ha tenido lugar, si mi pueblo ya no existe, si ya no levantará cabeza, a mí realmente no me queda más que morir.

IÑAKI EGAÑA